

Jardín de Estatuas

- I -

Con qué facilidad
las horas se detienen
en la sólida perfección
del mármol destinado a la memoria.
Desde sus pedestales altivos
Davides y Neptunos,
madonas, San Pablos, Arcángeles,
centauros,
se ofrecen a las hordas
de ojos ociosos y urgentes
por capturar en un instante
el sentido de la historia.

Ya sé
que las piedras no comprenden
el peso del recuerdo,
pero no fue en la prisa
que la roca se tornó estatua,
no en el bullicio.

Acaso en el silencio
de la palabra escrita en el tiempo.

- II -

Escucha.
Detén por un momento
tus prisas fotográficas
por arrancarle al tiempo
un instante de la historia.

Detente y escucha.

Desde la solemne altitud
de su silencio esculpido
las estatuas te interrogan.

Cada dedo,
cada labio
cada rizo,
inmortales por siempre en la piedra,
saben de tus renunciás,
de todas las ausencias
que por cobardía o pereza
lograste arrinconar.

Escucha.

Recibe el guiño inmóvil
del mármol detenido en la memoria
y comprende
tu condición de anécdota
viviendo en lo inmediato.

Buonarroti, 1501

Porque amo al hombre
quise aprender a conocer la piedra.

Escuchar con las manos
la verdad que se oculta
en la impura virginidad
del bloque torpemente desbastado.

Porque creo en el hombre
sé que la perfección es prisionera del cuerpo.

Hasta mis dedos llegan
los lamentos de la forma
atrapada durante siglos
en la dura perfección de la materia.

El mármol como alma
esperando el cincel que lo redima.

En mis lentas noches
acaso he comprendido mi destino,
y el despertar de la roca
no responde a las urgencias del tiempo.

Lleno de paz mis horas
y acudo.

David espera
que lo rescate de su sueño.

© Lluís Villar 2002